

La corriente «Somos Iglesia»

Carlos F. Barberá*

COMO otras veces en la historia de la Iglesia —y también en la historia profana— es una pequeña chispa la que provoca un incendio.

Todo empezó el año 1995. Hans Hermann Groer, un benedictino de 75 años de talante conservador, era en ese momento cardenal de Viena y acababa de publicar una carta pastoral bastante crítica con la moralidad pública. Este escrito obtuvo una reacción inesperada e indeseada: el 27 de marzo un antiguo seminarista, Josef Hartmann, ingeniero de profesión, envía un testimonio al prestigioso semanario austriaco *Profil*, acusando al cardenal de abusos sexuales cuando aquél era estudiante en el seminario episcopal de Hollabrunn, cercano a Viena. En la entrevista el antiguo seminarista justificaba su acción como motivada por lo que califica de hipocresía del cardenal y no ahorra los detalles escabrosos de la experiencia.

Las consecuencias del suceso fueron diversas: de una parte, Christoph Schönborn, ya obispo auxiliar, era nombrado «coadjutor»; de otra, al cabo de unos días, el obstinado silencio del cardenal empezaba a impacientar al episcopado y menudeaban las declaraciones en los medios con diversas propues-

* Director de la revista *Alandar*. Madrid.

tas, como la de formar una comisión que probase la veracidad o la falsedad de las acusaciones; por su parte, el profesor de liturgia de la Universidad de Graz, Philip Harnoncourt, el «Grupo de trabajo de los consejos presbiterales» y la Acción Católica, al día siguiente a la asamblea de primavera de la Conferencia Episcopal austriaca, afirmaban en un documento que los obispos debían «mostrar públicamente que están dispuestos y tienen intención de ir al fondo con honestidad en una cuestión que de día en día asume formas más escandalosas, y de poner orden conforme al Evangelio». Se trataría también de «un deber frente a la Iglesia y frente al pueblo, que está desorientado». Groer tenía que renunciar a todos sus cargos hasta que se lograra claridad porque «está en juego la credibilidad de la Iglesia católica austriaca».

En el fondo, estos acontecimientos no hacían sino poner de manifiesto una situación de malestar en la Iglesia austriaca. Después del retiro del cardenal König, los sucesivos nombramientos de obispos en Austria habían recaído siempre en prelados –conservadores–, suscitando el malhumor y el descontento de los fieles. La entronización de Georg Eder, obispo de Salzburgo, tuvo que ser vigilada por la policía; la del vicario general del Opus Dei Klaus Küng para Feldkirche suscitó también protestas; y la del teólogo conservador Andreas Laun como auxiliar de Salzburgo intentaron boicotearla el clero y los fieles.

Según los datos de la archidiócesis de Viena, entre 1987 y 1993, han «abandonado» oficialmente la Iglesia 246.000 fieles.

Y en este clima, de pronto, casi sin pensarlo, nace un movimiento que recoge 505.154 firmas sosteniendo la «Petición de la Iglesia-Pueblo» (*Kirchenvolks-Begehren*), promovido por la plataforma «Somos Iglesia» (*Wir sind Kirche*).

Estas firmas son todas de católicos (cerca de un 10% del total de católicos austriacos), entre los que se encuentran miembros y líderes del asociacionismo eclesial, con la Acción Católica a la cabeza.

De hecho la «Petición» toma forma en el mes de abril, ya a primeros de junio miles de voluntarios y voluntarias recogen firmas en toda Austria y el 7 de julio se presenta oficialmente al presidente de la Conferencia Episcopal austriaca, monseñor Johannes Weber, obispo de Graz.

Texto de la Petición

EN su traducción española, el texto de la Petición es el siguiente:

«Nos duele el hecho de que el acceso al auténtico mensaje de Jesucristo se hace hoy más difícil para muchos por circunstancias de la Iglesia católica actual. Una crisis que puede contener el germen de un ocaso, pero también la oportunidad de un renacimiento lleno de futuro. Los firmantes de este manifiesto esperamos que la crisis actual de la Iglesia católica sirva para una reforma ya hace tiempo anhelada.

Con nuestra firma apoyamos la exigencia de una renovación de la Iglesia en el espíritu de Jesús, renovación que ha de venir también y esencialmente de la base. En particular, nos solidarizamos con las siguientes metas y anhelos del pueblo eclesial:

1. Construcción de una Iglesia fraterna

- Igual dignidad de todos los creyentes, superación del abismo entre clero y laicos. Sólo así recuperará su vigencia la pluralidad de dones y carismas.
- Coparticipación y codecisión de las iglesias locales en las designaciones de obispos. El obispo a designar debe gozar de la confianza del pueblo.

2. Plena igualdad de derechos de la mujer

- Coparticipación y codecisión en todos los gremios eclesiales.
- Apertura del diaconado permanente a las mujeres.
- Acceso de las mujeres al ministerio sacerdotal. La exclusión de las mujeres de los ministerios no se puede fundamentar bíblicamente. La Iglesia no puede prescindir por más tiempo de la riqueza de capacidades y experiencias vitales de las mujeres, incluso en los puestos de dirección.

3. Libre elección entre formas de vida celibataria y no celibataria

- La vinculación del ministerio sacerdotal a la forma de vida celibataria no es obligatoria desde el punto de vista bíblico y dogmático, sino algo histórico y por ello cambiante. El derecho de las comunidades a la celebración eucarística es más importante que una regulación eclesiástica.

4. Valoración positiva de la sexualidad como parte importante del ser humano creado y aceptado por Dios

- Reconocimiento de la decisión responsable de conciencia en cuestiones de moral sexual (por ejemplo, la regulación de la concepción).
- No igualdad de las regulaciones de la concepción y el aborto.
- Más humanidad, en vez de condenas globales, en lo relativo a la homosexualidad o las relaciones prematrimoniales.
- Frente a las fijaciones en moral sexual, más acento en otros temas importantes, v.gr. la paz, la justicia social, la defensa de la naturaleza.

5. Mensaje de alegría en vez de mensaje de amenaza

- Más acompañamiento y solidaridad, que ayuden y den ánimo, en vez de normas que angustian y causan estrecheces.
- Más comprensión y disposición conciliadora hacia personas en situaciones difíciles, que podrían emprender un nuevo camino (por ejemplo, divorciados que contraen nuevo matrimonio, sacerdotes casados sin ejercicio ministerial), en vez de dureza inmisericorde.

Los puntos mencionados son metas que la Iglesia, por razón de su misión, del mensaje de Jesús y de las exigencias de nuestro tiempo, debería alcanzar tan pronto como le sea posible.

Esperamos que al menos sea posible un cambio gradual en esa dirección. Con él, la Iglesia podría volver a ganarse la confianza perdida.»

La petición en Alemania

EN Alemania, el portavoz de la Conferencia Episcopal Rudolf Hammerschmidt declaraba que en su país no habría una iniciativa como la austriaca porque «entre nosotros no se dan las situaciones de "confrontación" como en Austria en el caso de algunos obispos».

Olvidaba decir que también en la Iglesia católica alemana es patente un malestar que se traduce en el abandono de 150.000 fieles cada año. Quizá

eso explique que, en contra del diagnóstico del portavoz, más de 500 grupos en las 27 diócesis alemanas se disponían a su vez a recoger firmas. En diciembre de 1995 más de millón y medio de alemanes habían suscrito ya el documento.

El origen de esas firmas difiere del de las austriacas. Mientras que en el primer país han firmado únicamente católicos, en Alemania la Petición se ha abierto también a no católicos, aunque se dice que el porcentaje de éstos no llega al 20%.

Después de Alemania, Italia. Naturalmente, primero la Italia de habla alemana, la diócesis de Bolzano-Bressanone. Es digno de notarse que los promotores de la iniciativa son aquí pesos pesados en la pastoral de la diócesis: sor Angela Neunhäuser, de las ursulinas de Brunico; Georg Hochgruber, responsable de la pastoral juvenil de un arciprestazgo de 13 parroquias, el arcipreste de Naturn, Georg Peer y Georg Oberrauch, en el pasado responsable diocesano de la Acción Católica juvenil. En este caso la petición de firmas se hace en las plazas frente a las iglesias.

Finalmente —y estamos ya en el momento presente— «Somos Iglesia» sigue bajando por Italia, llega a Bélgica, a Portugal, a Inglaterra, a Estados Unidos...

Las reacciones de los obispos

NO hay que ser adivino para suponer que una declaración de este tipo y que ha tomado tanto volumen no ha sido bien recibida por los obispos. La Iglesia jerárquica quiere tener siempre todo bien controlado y no suele mirar con buenos ojos a los profetas, sean éstos verdaderos o falsos.

Sin embargo, dentro de este tono general se pueden distinguir al menos tres posturas bastante divergentes:

Una primera actitud es de rechazo total. Algunos ejemplos: monseñor Kurt Krenn, de Sankt Pölten, de talante muy conservador, haciendo alusión al referéndum que culminó el *Anschluss* con la Alemania nazi, ha declarado: «Ya una vez en 1938 nuestro pueblo por mayoría se equivocó groseramente». El cardenal Joachim Meissner, arzobispo de Colonia, escribió una carta a los sacerdotes, diáconos y agentes pastorales acusando al movimiento de valerse «de una concepción teológica de Iglesia que es extraña a la fe católica», de expresar «la errónea convicción de que el magisterio de la Iglesia

pueda ser modificado por las decisiones de una mayoría» y de «socavar la estructura eclesial». Y el obispo de Verona, en una carta enviada asimismo a los presbíteros y diáconos de su diócesis, encuentra la iniciativa «inaceptable en el método»: «revela una mentalidad “democraticista” copiada de esquemas mundanos, que contrasta con la lógica de la “communio” enseñada por el Concilio Vaticano II, la cual es carismática y ministerial pero también jerárquica». Y es también «inaceptable en muchos de sus contenidos: excepción hecha de un par de puntos (...) la mayor parte de las cuestiones puestas apelan a soluciones que contrastan con la doctrina de la Iglesia».

Otra postura no entra tanto en el contenido de la petición, pero es bastante crítica con el procedimiento. Así, el presidente de la Conferencia Episcopal estadounidense, Anthony Pilla, en una rueda de prensa el 22 de mayo de 1996: en su opinión este referéndum no puede ciertamente contribuir a un «espíritu de diálogo» porque «demanda sólo el asentimiento» de parte de quien lo suscribe. Por otra parte el método es «inadecuado e inapropiado para tratar estos argumentos» y podría «crear confusión». En ese sentido el prelado invitaba a aquellos católicos ofendidos por una táctica que «subordina la enseñanza de la Iglesia al juicio de los medios» a hacerse visibles «manifestando su desacuerdo de un modo que refleje el amor de unos por los otros y que es el signo de nuestro ser discípulos de Cristo».

La tercera postura podría estar representada por Karl Lehmann, presidente de la Conferencia Episcopal alemana. Karl Lehmann es una persona abierta y, según se dice, viajó recientemente al Vaticano para expresar al Papa la postura favorable de la Iglesia alemana a la abolición de la ley del celibato. Su opinión es que el referéndum es una contribución no adecuada al diálogo entre la Iglesia y el pueblo de los fieles y trae el peligro de una polarización creciente entre conservadores y progresistas, pero su juicio es mucho más matizado. En una entrevista concedida el 12 de junio de 1996 afirmaba: «Siempre he sido contrario a un referéndum con preguntas del tipo “¿quiere una Iglesia más abierta?”, que no dan indicaciones concretas. Debo decir, sin embargo, que esta iniciativa ha llegado a ser poco a poco una ocasión de diálogo. He hablado con mucha gente que ha decidido firmar la petición. Muchos de ellos se encuentran en una situación personal muy difícil, y en la Iglesia se sienten puestos al margen, quizá porque se han divorciado. Después, hay un grupo que siente nostalgia del Vaticano II, imaginado como un recipiente de sus ideas contra el celibato o sobre el sacerdocio femenino. En fin, hay un tercer grupo bastante reducido que quiere una Iglesia democrática con una tolerancia sin límites. Bien, con estos últimos no hay mucho

espacio para el diálogo, pero con los otros dos grupos, sobre todo con el primero, hay que tener comprensión y acogida».

Un intento de valoración

¿QUÉ valoración se puede hacer de todo este acontecimiento?

Verdaderamente, si en alguna ocasión se puede hablar de la influencia de los prejuicios en la adhesión a un texto o una idea, ésta es una de ellas. De hecho, las personas se han alineado frente a la Petición de un modo u otro y sus actitudes son un reflejo de su postura más general ante el momento actual de la Iglesia.

Si las cosas son así, parece una tarea imposible colocarse en un lugar incontaminado desde el que hacer un juicio supuestamente neutral y equilibrado. Pero, por otra parte, no aventurar ningún juicio por temor a ser tachado de parcial no parece tampoco una actitud sensata. Antes de ensayar alguno, quiero advertir que todas las líneas que han precedido a éstas han querido trazar un marco en el que cada uno pueda intentar orientarse según su buen entender.

No es ningún secreto que en amplios sectores de la Iglesia católica actual existe un sentimiento de incomodidad. Su impresión es que en el Vaticano II se abrieron caminos que conducían a un «cambio estructural en la Iglesia» (K. Rahner) y que han sido poco a poco cegados. Esos caminos debían hacer avanzar hacia la descentralización y la colegialidad, debían impulsar el diálogo con el mundo y acelerar el impulso ecuménico. Pero según estos sectores son el centralismo, el repliegue de la Iglesia sobre sí misma y un cierto clima sectario los que se han instalado. La corriente «Somos Iglesia» puede verse sobre todo como síntoma y expresión de ese malestar.

Como hemos visto, el obispo Karl Lehmann opina que es una ocasión para el diálogo. Otros en cambio —también hemos reflejado sus opiniones— alegan precisamente que lo dificulta. Lo cierto es que el diálogo intraeclesial apenas existe y de hecho un movimiento como el que glosamos más bien ha polarizado las posiciones.

Y dicho esto, aquí podría terminar el juicio. ¿Por qué razón? Porque en la medida en que ese diálogo no se instaure, las razones de una parte tenderán a anular a las de la otra y viceversa.

Por ejemplo, de un lado se acusa a los firmantes de perseguir compulsi-

vamente la adaptación al mundo y perder así el alma. Es, se dice, la obra de iglesias y teólogos del primer mundo temerosos de no adaptarse a lo que viene de la sociedad. Pero de otro lado se arguye, no sin razón, que una Iglesia que se repliega en sí misma se hace inútil para ser luz del mundo y que se está en peligro de repetir la ya vivida clausura de la Iglesia a la modernidad.

Si de una parte se argumenta que un referéndum no es un procedimiento establecido en la Iglesia, por otra se exige que el *sensus fidelium* encuentre sus caminos so pena de reducirse a una tesis teológica sin traducción práctica.

Es cierto que la Petición integra tanto demandas concretas como deseos más generales, pero sus partidarios opondrán que el tratamiento de unas y otros ha de ser distinto: en las primeras se trata de medidas que se pueden tomar y en los segundos se trata de un cambio en el clima eclesial. Hay que hacer lo primero sin descuidar lo segundo, aunque esto último sea más difícil de definir.

Se puede argumentar que la Petición y sus firmantes actúan al modo de un *lobby* y que ése no es un sistema adecuado a una Iglesia que se define como "communio". Pero sería cerrar los ojos a la realidad ignorar que otros grupos en muchas ocasiones han actuado de la misma manera y que los grupos de influencia son inevitables en cualquier organización, máxime si es de las dimensiones y de la influencia de la Iglesia.

Y así se podría seguir.

Acaso, pues, sea lo más sensato hacer una lectura creyente del suceso y verlo, con sus luces y sombras, como lo que es, una petición, una llamada. Que la Iglesia ha de cambiar para afrontar los retos de un cambio en la sociedad que todos definen como epocal es innegable. Todas las sugerencias han de ser recibidas y sobre ellas hay que abrir un diálogo. Más si han tomado la amplitud y la resonancia que ha adquirido «Somos Iglesia».

Epílogo para España

Es sabido que la Iglesia española tuvo un momento de gran vitalidad, una gran fuerza de invención y un empuje evangélico en los años posteriores al Concilio, que en nosotros coincidieron con los últimos años del franquismo. Desde entonces gran parte de esas cualidades se han perdido y la Iglesia española ha entrado en un clima de cierto cansan-

cio, de retirada a los cuarteles de invierno de las parroquias y de atención a sus fieles más adictos. Un cierto color gris tiñe el panorama eclesial, que afecta sobre todo a quienes fueron más protagonistas en aquellos años.

Sin duda es éste un juicio que no todos compartirán, pero a mi modo de ver explica la poca resonancia que la corriente «Somos Iglesia» ha tenido entre nosotros. Quienes estarían dispuestos a suscribirla no se ven demasiado motivados a hacerlo. Más o menos conformes con su contenido, piensan acaso que no merece la pena implicarse en ella. Recuerdan que muchos esfuerzos de renovación terminaron en bien poca cosa y no quieren someterse a nuevas frustraciones.

No quiere ello decir que el malestar al que la corriente responde no exista entre nosotros, y de hecho hay personas y grupos que se están moviendo para buscarle cauces y extenderla. El que no haya logrado hasta ahora los resultados que se han producido en otros países podría ser objeto de un análisis profundo.

Que cada uno haga el suyo y obre en consecuencia.